

XII.

De lo que se admiró Chicot, viendo que era tan popular
en la ciudad de Nerac.

Habiendo resuelto Chicot dejar de incógnito la
ciudad de Nerac, comenzó á hacer sus preparativos
de viaje, disponiendo su maleta.

La simplificó lo mejor que pudo, teniendo por
principio que se camina mejor cuanto menos peso
se lleva.

Seguramente su espada era la cosa más pesada
del equipaje que llevaba.

— Veamos, ¿ cuánto tiempo se necesita, — se preguntaba Chicot á sí mismo mientras componía su paquete, — para hacer llegar al rey la noticia de lo que he visto, y por consiguiente de lo que temo ?

Dos días para llegar á una ciudad desde la cual un buen gobernador haga partir un correo á toda brida.

Que esta ciudad sea Cahors, por ejemplo ; Cahors de que el rey de Navarra habla tanto, y que ocupa su espíritu con tanta razón.

Estando allí podré descansar, porque al fin las fuerzas del hombre no pasan de cierta medida.

Descansaré, pues, en Cahors, y los caballos correrán por mí.

Vamos, amigo Chicot, ¡ piernas, ligereza y sangre fría ! ¡ Tú creías haber cumplido toda tu misión ! ¡ Tonto !... Todavía no estás más que á la mitad.

Dicho está, Chicot apagó su luz, abrió la puerta lo más despacio que pudo, y se puso en marcha á tientas.

Era sin duda Chicot un estratégico sumamente hábil, y además, cuando subió al cuarto guiado

por de Aubiac, había dirigido una mirada hacia la izquierda, otra á la derecha, otra de frente y otra á retaguardia, examinando todas las localidades.

Todo se reducía á una antecámara, un pasadizo y una escalera que conducía al patio.

Pero nó bien había Chicot dado cuatro pasos en la antecámara, cuando tropezó con un bulto que al momento se puso en pie.

Este bulto era un paje acostado sobre la estera de la antecámara, fuera del cuarto de Chicot, y que, despertado por él, comenzó á decir :

— ¡ Eh ! Buenas noches, señor Chicot, buenas noches.

Chicot reconoció á de Aubiac.

— Buenas noches, señor de Aubiac, — dijo Chicot ; — pero retiraos un poco, si os place : tengo ganas de pasearme.

— No hay más inconveniente sino que está prohibido en palacio pasearse de noche.

— ¡ Y por qué, señor de Aubiac ?

— Porque el rey teme á los ladrones, y la reina á los galanes.

— ¡ Diablo !

— Así pues, nadie más que los ladrones y los galanes pueden pasearse aquí de noche en vez de dormir.

— Sin embargo, querido señor de Aubiac, — dijo Chicot con encantadora sonrisa, — yo no soy ni lo uno ni lo otro: yo soy embajador, y embajador muy cansado de haber hablado latín con la reina y cenado con el rey, porque la reina es una terrible latinista y el rey un terrible bebedor; dejadme, pues, salir, amigo mío, porque deseo y necesito pasearme.

— ¿Por la ciudad, señor Chicot?

— ¡Oh, no! Por los jardines.

— ¡Diablo! Por los jardines, señor Chicot, está más prohibido que por la ciudad.

— ¿Sabéis, amigo mío, — dijo Chicot, — que para vuestra edad sois demasiado vigilante? ¿No pensáis en alguna distracción?

— En ninguna.

— ¿Conque no sois jugador ni enamorado?

— Para jugar se necesita dinero, señor Chicot, y para estar enamorado se necesita una querida.

— Seguramente, — dijo Chicot registrando su

bolsillo, operación que miraba el paje con la mayor atención y curiosidad.

— Buscad bien en vuestra memoria, mi querido amigo, — le dijo, — y apuesto cualquiera cosa á que no dejáis de hallar alguna mujer encantadora á quien regalar cintas y festejar con esto, que os suplico aceptéis de mi mano.

Y Chicot deslizó en la del paje diez doblones que no estaban recortados como los del Bearnés.

— Bien se conoce, señor Chicot, — dijo el paje, — que venís de la corte de Francia: tenéis unos medios de persuasión á que nadie puede resistir; salid, pues, de vuestro cuarto, pero os encargo que no hagáis ruido.

Chicot no dió lugar á que se lo dijeran dos veces: se deslizó como una sombra por el corredor, y desde el corredor pasó á la escalera; pero al llegar al peristilo, halló á un oficial de palacio que dormía sentado en una silla. Este hombre cerraba la puerta con el mismo peso de su cuerpo, y locura insigne hubiera sido intentar el paso.

— ¡Ah! bribonzuelo de paje, — murmuró Chicot, — bien sabías esto, y no has querido advertirmelo!

Para colmo de desgracia, el oficial tenía, al parecer, el sueño muy ligero, pues movía sin cesar con sobresaltos nerviosos tan pronto un brazo como una pierna, y aun una vez estiró los brazos como si fuera á despertarse.

Chicot buscó en torno suyo alguna salida cualquiera por donde, merced á sus piernas largas y á un puño sólido, pudiese evadirse sin pasar por la puerta.

Al fin descubrió lo que deseaba: una de esas ventanas cimbradas en forma gótica, y la cual había quedado abierta, bien para dejar penetrar el aire, bien porque el rey de Navarra, propietario muy poco cuidadoso, no había juzgado á propósito renovar los vidrios.

Chicot reconoció la pared con sus dedos, calculó á tientas cada espacio comprendido entre los salientes de la ventana, y se sirvió de ellos para poner el pie como si fueran escalones. Trepóse al fin sobre la ventana con la destreza y agilidad que ya conocen nuestros lectores, sin hacer más ruido que el que hubiera hecho una hoja seca rozando la pared á impulsos del viento de otoño; mas la convexidad de la imposta era tan desproporcionada, que la elipse

no era igual á la del vientre y hombros de Chicot, á pesar de estar ausente el vientre, y de que los hombros, ligeros como los de un gato, parecían dislocarse y fundirse en las carnes para ocupar ménos espacio.

De aquí resultó que cuando Chicot pasó la cabeza y un hombro, y retiró su pie del muro saliente, se halló colgado entre el cielo y la tierra sin poder retroceder ni avanzar. Entonces dió principio á una serie de esfuerzos, cuyo primer resultado fué desgarrar su ropilla y arañarse el pellejo: pero lo que hacía más difícil y crítica su situación era la espada, cuya empuñadura no quería pasar, haciendo una grapa interior que le retenía pegado al marco de la imposta.

Chicot reunió todas sus fuerzas, toda su paciencia y toda su industria para desatar la hebilla de su cinturón; pero precisamente sobre esta hebilla descansaba el pecho, y le fué preciso cambiar de postura: logró pasar su brazo por detrás de la espalda y sacar la espada de la vaina, y una vez fuera la espada, fué más fácil hallar, gracias á aquel cuerpo anguloso, un intersticio por donde se deslizó la empuñadura; la espada, pues, fué á caer

la primera sobre las baldosas, y deslizándose Chicot por la abertura como un ánguila, la siguió amortiguando su caída con sus dos manos...

A pesar del sumo cuidado que había puesto Chicot para ejecutar aquella maniobra sin ruido, no le fué posible, y al levantarse del suelo se halló cara á cara con un soldado.

— ¡Dios mío! ¿Os habéis hecho daño, señor Chicot? — le preguntó éste presentándole la alabarda para que le sirviera de apoyo.

— ¡Otro contratiempo! — dijo para sí Chicot, y pensando después en el interés que aquel buen hombre le había manifestado, contestó:

— No, amigo mío, no me he hecho daño.

— No es poca suerte, — dijo el soldado: — desafío á otro cualquiera á que haga semejante cosa sin romperse la cabeza; en verdad, señor Chicot, que solo vos sois capaz de semejante empresa.

— ¿Pero cómo diablos sabes mi nombre? — preguntó Chicot sorprendido y tratando de pasar.

— Lo sé, porque os he visto hoy en palacio, y al preguntar quién era el apuesto caballero que hablaba con el rey, me contestaron que el señor Chicot.

— No se puede ser más galante, — dijo Chicot; — pero como tengo prisa, amigo mío, permiti tirás...

— ¿Qué, señor Chicot?

— Que te deje y vaya á mis asuntos.

— Lo siento mucho, señor, pero tengo la consigna de no dejar salir á nadie de palacio durante la noche.

— Ya ves que se puede salir, puesto que yo he salido.

— Esa es una razón, bien lo sé; pero...

— ¿Pero?

— Que volveréis á entrar, y nada más, señor Chicot.

— ¡Ah! no.

— ¿Cómo no?

— Por allí á lo menos: el camino es demasiado malo.

— Si fuera oficial en vez de ser soldado, os preguntaría por qué habéis salido por allí, pero esto no me toca á mí; lo que me corresponde es que os volváis adentro. Os ruego, señor Chicot, que lo hagáis como os lo digo.

El soldado empleó en su súplica tal acento de

persuasión, que este acento enterneció á Chicot, y en su consecuencia metió la mano en el bolsillo y sacó diez doblones.

— Eres demasiado económico, amigo mío, — le dijo, — para no comprender que puesto que mi ropa ha quedado como ves por haber pasado por allí, sería mucho peor si volviera á pasar por el mismo sitio, pues acabaría de romper mi vestido y tendría que andar desnudo, cosa que sería muy indecente en una corte donde hay tantas mujeres jóvenes y lindas, empezando por la reina: déjame, pues, pasar para ir á casa del sastre, amigo mío.

Y diciendo así le puso los diez doblones en la mano.

— Pero pasad pronto, señor Chicot, pasad pronto, — dijo el soldado guardándose el dinero.

Cuando Chicot se halló en la calle procuró orientarse bien, y vió que había andado toda la ciudad para llegar á palacio; tenía que seguir el camino contrario, puesto que debía salir por la puerta opuesta á la por donde había entrado. Como la noche estaba clara y no era favorable para una evasión, Chicot echaba de menos las buenas noches nebulosas de Francia, que en aquella hora per-

mitían transitar por las calles de París á cuatro pasos uno de otro sin verse; además, sus zapatos claveteados resonaban sobre los guijarros como herraduras de caballo.

Apenas volvió la esquina de la calle el desventurado embajador, se encontró manos á boca con una patrulla; pero inmediatamente se paró reflexionando que se haría sospechoso si trataba de evadirse ó forzar el paso.

— Buenas noches, señor Chicot, — dijo el jefe de la patrulla saludándole con la espada: — ¿queréis que os acompañemos á palacio, si es que os habéis extraviado y buscáis vuestro camino?

— ¡Diablo! todo el mundo me conoce aquí, — murmuró Chicot. — ¡Pardiez! ¡qué cosa más extraña!

En seguida añadió en voz alta y con el aire más desembarazado del mundo:

— No, señor alférez, os equivocáis, no voy á palacio.

— Hacéis mal, señor Chicot, — respondió gravemente el oficial.

— ¿Y por qué, señor?

— Porque un edicto muy severo prohíbe á los

habitantes de Nerac salir de noche, á no ser en caso de urgente necesidad, sin permiso y sin linterna.

— Permitidme que os diga, — replicó Chicot, — que esa disposición no puede hablar conmigo.

— ¿Y por qué no?

— Porque no soy de Nerac.

— Sí, pero estáis en Nerac... Habitante no quiere decir que es de... sino que vive en... Y no me negaréis que vivís en Nerac, puesto que os encuentro en las calles de Nerac.

— Sois lógico, señor, pero desgraciadamente tengo prisa, y os suplico que cometáis una leve infracción de vuestra consigna y me dejéis el paso libre.

— Vais á perderos, señor Chicot; Nerac es una ciudad tortuosa; necesitáis que os guíen; permitid que algunos de mis soldados os acompañen hasta palacio.

— Ya os he dicho que no voy á palacio.

— ¿Pues adónde vais?

— Cuando no puedo dormir de noche me paseo. Nerac es una ciudad encantadora, según me ha parecido, y quiero verla y estudiarla.

— Os acompañarán á donde guestéis, señor Chicot. ¡Hola, tres hombres!

— Os suplico, caballero, que no me privéis de la parte pintoresca de mi paseo; me gusta ir solo.

— Os asesinarán los ladrones.

— Tengo mi espada.

— ¡Ah! es cierto: no la había visto; entonces seréis arrestado por el preboste por llevar armas.

Chicot vió que no había medio de salir de su apuro por medio de sutilezas, y llevándose aparte al oficial, le dijo:

— Siendo joven como sois, caballero, debéis saber que el amor es un tirano imperioso.

— Es cierto, señor Chicot, es cierto.

— Pues bien, mi alférez, el amor me abrasa, y tengo que visitar á cierta dama.

— ¿Dónde?

— En cierto barrio.

— ¿Joven?

— Veinte y tres años.

— ¿Bella?

— Como los amores.

— Os felicito por ello, señor Chicot.

— Bien, en ese caso me dejaréis pasar.

— ¡ Diablo ! ¿ Parece que hay urgencia ?

— Urgencia, sí, decís bien, señor, es la palabra que conviene.

— Pasad.

— Pero solo, ¿ no es verdad ? ¿ Ya conoceréis que no pudo comprometer ?...

— ¡ Cómo pues !... Pasad, señor Chicot, pasad.

— Sois muy galante, mi alférez.

— ¡ Señor !

— Sí, pardiez, ese es un buen rasgo. Pero veamos, ¿ cómo me conocéis ?

— Os he visto en palacio con el rey.

— ¡ Hé aquí lo que son las poblaciones pequeñas ! — dijo para sí Chicot ; — si fuera posible que en París me conocieran como aquí, ¿ cuántas veces habría sacado agujereada la piel en vez del jubón !

Y apretó la mano del joven oficial, que le dijo :

— Á propósito, — volvió á decir el oficial, — de qué lado vais ?

— Del lado de la puerta de Agen, — contestó Chicot.

— Cuidado con extraviarse.

— ¿ No estoy en el camino ?

— Seguramente, seguid todo derecho, y desco que no tengáis algún mal encuentro.

— Gracias, — contestó Chicot, y partió más isto que nunca.

Á los cien pasos se encontró con la ronda.

— ¡ Pártame un rayo ! — exclamó Chicot, — si jamás he visto ciudad mejor guardada.

— Alto, — gritó el preboste con una voz de trueno.

— Pero, señor, — respondió Chicot, — quisiera, sin embargo...

— ¡ Ah, señor Chicot ! ¿ es usted ? ¿ Cómo es que anda usted recorriendo las calles en una noche tan fría ?

— Vamos, — murmuró Chicot, — se ha propuesto ganarme la partida.

Y haciendo un saludo trató de proseguir su camino.

— ¡ Cuidado, cuidado, señor Chicot, — le dijo el proboste.

— ¡ Cuidado ! ¿ Y de qué, señor magistrado ?

— Me parece que equivocáis el camino, pues os dirigís hacia las puertas.

— Precisamente.

— En ese caso debo arrestaros, señor Chicot.

— De ningún modo, señor preboste, porque haría usted un solemne disparate.

No hay remedio.

— Acercaos un poco para que esa gente no oiga lo que voy á deciros.

Hizolo así el preboste murmurando :

— Ya os escucho.

— El rey me ha dado una comisión para el comandante de la puerta de Agen.

— ¡ Ah ! — exclamó el preboste sorprendido.

— ¡ Os admira eso ?

— Sí.

— Pues nada tiene de particular, supuesto que me conocéis.

— Os conozco en efecto, porque os he visto con el rey en palacio.

Chicot dió una patada, pues empezaba ya á impacientarse, y replicó :

— Eso debe bastar para probaros que poseo la confianza de S. M.

— Sin duda, sin duda; id pues á cumplir la orden del rey, señor Chicot; ya no os arresto.

— Esto es extraño, pero divertido al mismo tiempo, — pensó Chicot; — detienen mi viaje, pero al fin voy venciendo los obstáculos. Hé allí una puerta que debe ser la de Agen; en cinco minutos me hallaré fuera de ella.

Llegó efectivamente á la puerta, en la que había un centinela paseándose de derecha á izquierda armado con su mosquete.

— Perdonad, amigo, — le dijo Chicot. — ¿ Queréis mandar que me abran la puerta ?

— Yo no mando, señor Chicot, — respondió el centinela con agrado, — porque no soy más que un simple soldado.

— ¡ Tú también me conoces ! — gritó Chicot exasperado.

— Tengo ese honor, señor Chicot, porque estaba esta mañana de guardia en palacio y os he visto hablar con el rey.

— Bien, amigo mío, pero ya que me conoces, es preciso que sepas una cosa.

— ¿Cuál ?

— Que el rey me ha encargado una comisión para la ciudad de Agen, y así puedes abrir únicamente el postigo.

— Lo haría con mucho gusto, señor Chicot, pero el caso es que no tengo las llaves.

— ¿ Quién las tiene ?

— El oficial de guardia.

— Chicot lanzó un suspiro, y preguntó :

— ¿ En dónde está el oficial ?

— ¡ Oh ! pronto vendrá ! no os impacientéis por tan poca cosa.

El centinela tiró de la cuerda de una campana, cuyo sonido despertó al oficial que descansaba en su cuarto.

— ¿ Qué hay ? — refunfuñó el oficial asomando la cabeza por la ventana,

— Mi teniente, este caballero desea que se abra la puerta para salir al campo.

— ¡ Ah, señor Chicot ! Perdonadme si os hago esperar ; al momento estaré á vuestras órdenes.

Chicot se mordió las uñas con el furor de un tigre.

— ¿ Es posible que no encuentre yo un hombre que no me conozca ? Esta ciudad maldita es un farol, y yo soy la luz.

El oficial se presentó á poco rato junto á la puerta.

— Disimulad la tardanza, señor Chicot, — le dijo, — pues estaba dormido.

— Caballero, — contestó Chicot :— la noche se ha hecho para dormir y no debéis darme satisfacción alguna ; pero ¿ tendréis la bondad de disponer que se abra la puerta ? Por desgracia no puedo hacer yo lo que vos hacéis ; no puedo dormir, pues el rey... supongo que tampoco ignoráis que el rey me conoce.

— Os he visto hablar en palacio con S. M.

— Eso es, eso es, canción general, — murmuró Chicot ; — por supuesto que aunque me habéis visto hablar con el rey, no escuchasteis lo que hablabamos.

— No, señor Chicot ; yo siempre digo lo que sé y nada más.

— Lo mismo que hago yo. Es pues el caso que el rey me ha mandado vaya esta noche á Agen á cumplir con una comisión, y como esta es la dirección, si no me engaño... ¿ Eh ?

— Sí, señor Chicot.

— Y como la puerta está cerrada.

— Ya lo estáis viendo.

— Deseo que la mandéis abrir.

— Con mucho gusto, señor Chicot. Athenas, Athenas, abre la puerta al señor Chicot; pronto... pronto.

Chicot abrió unos ojos como puños y respiró como el nadador que sale del agua al cabo de cinco minutos de inmersión.

La puerta rechinó sobre sus goznes, puerta del Paraíso para Chicot, que veía al otro lado de Nerac todas las delicias que puede disfrutar el hombre libre.

Saludó cordialmente al oficial y se dirigió hacia el arco.

— Adiós, — le dijo, — os doy las gracias.

— Adiós, señor Chicot, y buen viaje.

El enviado de Enrique III iba ya á traspasar la puerta cuando deteniéndole por el brazo el oficial, le dijo.

— Señor Chicot, soy el hombre más distraído del mundo, pues olvidaba pedir os vuestro pase.

— ¡Cómo mi pase!

— Ciertamente; vos sois hombre de armas tomar y no podéis ignorar lo que es un pase. Pues bien, nadie puede salir sin él de una ciudad como Nerac, y mucho menos cuando el rey la habita.

— ¡Y quién debe firmar ese pase?

— El rey mismo, y supuesto que S. M. os envía á Agen, no habrá echado en olvido ese requisito indispensable.

— ¡Ah! ¡Dudáis por ventura de que sea yo un comisionado del rey? — exclamó Chicot furioso, pues al cabo se veía próximo á sucumbir, y la rabia le sugería el mal pensamiento de matar al oficial y al conserje, y huir en seguida, á riesgo de que le alcanzasen en su carrera cien balas de arcabuz.

— De nada dudo, señor Chicot, y mucho menos de lo que he tenido el honor de oír de vuestra boca, pero reflexionad que si el rey os ha dado esa comisión...

— En persona, caballero, en persona.

— Razón más poderosa todavía, supuesto que S. M. sabe que vais á salir...

— ¡Llévete dos mil demonios! — gritó Chicot.

— ¡Pues no lo ha de saber?

— Así pues, mañana tendré yo que entregar un permiso de salida al señor gobernador de la plaza.

— ¡Y quién es el gobernador?

— El señor de Mornay, que no se chancea cuando da una orden, señor Chicot, como ya debéis

conocer, y que me mandará fusilar con la mayor frescura si falto á mi deber.

Chicot empezaba á acariciar la empuñadura de su espada sonriéndose diabólicamente, cuando al volverse reparó en que la puerta estaba ocupada por una patrulla exterior, apostada allí expresamente para que Chicot no pudiese salir, aunque matase al oficial, al centinela y al conserje.

— Vamos, — murmuró suspirando: — han jugado bien contra mí, que soy un necio, y he perdido.

Y volvió las espaldas.

— ¿ Queréis que se os acompañe á palacio, señor Chicot? — le preguntó el oficial.

— Gracias, no lo necesito, — respondió Chicot alejándose de la puerta. Su martirio no había cesado aun, pues volvió á encontrar al preboste, quien le preguntó:

— ¿ Habéis cumplido ya la comisión, señor Chicot? ; Ira de Dios! Eso se llama tener actividad.

Poco después le detuvo la patrulla en la esquina de la calle, y le dijo su comandante:

— Buenas noches, señor Chicot: vamos, ¿ y la dama de la cita? ; Estáis contento de Nerac?

Por último, el soldado del peristilo, siempre de

centinela en su puesto, le disparó la última andanada:

— ¡ Válgame Dios, señor Chicot, y qué malos ha compuesto el sastre la ropilla! ; Si estáis más desgarrado que cuando de aquí salisteis!...

Chicot no quiso arriesgarse á dejar el pellejo como una liebre en la ventana de la cornisa; se tendió delante de la puerta y fingió de allí á poco que dormía.

La puerta se abrió por casualidad ó por caridad, y Chicot entró en palacio humillado y cabizbajo.

Su rostro demudado conmovió al paje, que permanecía en su sitio, el cual le dijo:

— Señor Chicot, ¿ queréis que os dé la clave de todo esto?

— Dámela, viborezno, dámela, — murmuró Chicot.

— El rey os quiere tanto, que se empeña en reteneros.

— ¡ Y lo sabías tú, ladronzuelo! ; Y nada me has querido decir!

— Imposible, señor Chicot; era un secreto de Estado.

— Pero yo he comprado esta noche tus servicios, pícaro.

— El secreto valía más que diez piezas de oro, como podéis conocer, señor Chicot.

— Chicot entró en su aposento y se durmió de rabia.

XIII.

El montero mayor del rey de Navarra.

Al momento que Margarita se separó del rey, fué al cuarto de las damas de honor.

De paso había hecho llamar á su médico Chirac, que dormía en palacio, y entró con él en la cámara de las damas, donde la pobre Fosseuse, pálida y rodeada de ojos curiosos, se quejaba de dolores de estómago, sin querer; tan grande era su dolor! responder á ninguna pregunta ni aceptar ningún remedio.

Fosseuse tenía entonces de veinte á veinte y un